

Saga Conquista I

CAMINO AL *Paraiso*



MAR ÁLVAREZ

Sevilla. Año de Nuestro Señor de 1493.

Tras el descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias Occidentales por el ya almirante Cristóbal Colón, Javier Alonso, capitán de una de las naves que acompañarán al descubridor en su segunda expedición, está ansioso por zarpar con el deseo de formar parte del asentamiento que está previsto establecerse en la isla de La Española.

Manuel Espinosa, su mejor amigo, también va a participar en la empresa colonizadora, dejando a su prometida, Mariana Balboa, en Sevilla. Pero, a diferencia de Javier, su viaje está motivado por la ambición y la codicia, no por el deseo de conocer otras culturas y nuevos horizontes.

Lo que Manuel ignora al marchar es que la joven destinada a ser su esposa es una muchacha indómita que no acepta la imposición del compromiso concertado por su familia, especialmente después de haber conocido al capitán Alonso. Decidida a conseguir el amor de Javier, Mariana inicia una intrépida aventura que romperá con los convencionalismos de la época, aún a costa de su buen nombre y el de su familia.

*A Javier, mi Capitán Alonso,
mi fiel amigo,
mi incondicional esposo,
y el amor de mi vida.*

Capítulo 1

Un matrimonio conveniente

Sevilla. Agosto de 1493

El sonido de espadas entrecruzadas resonaba en el amplio patio de aquella casa palaciega donde Javier estaba hospedado desde su regreso de tierras lejanas. Macetas colmadas de geranios de alegres colores y otras con aspidistras habían sido retiradas convenientemente bajo los arcos que rodeaban el solarío a fin de evitar posibles percances.

A pesar del calor, ambos hombres vestían petos protectores, haciendo que pusieran más empeño en sus ataques al no existir riesgo de causarse daño alguno. Sudaban copiosamente, haciendo resaltar sus hermosos y masculinos rasgos morenos bajo aquel sol de justicia que se mostraba implacable.

A pesar de la superioridad de Manuel, Javier se resistía a dar por finalizado el entrenamiento. El empeño y la persistencia era una de sus mayores cualidades, y no pensaba darse por vencido mientras le quedaran fuerzas para seguir luchando.

–Vamos, Javier, admite que no tienes nada que hacer frente a mí. Soy mejor y lo sabes... –adujo Manuel con sonrisa jocosaa–. Piensa en el refrigerio que nos espera si decides dar por perdido el encuentro.

–Si tanto afán tienes en acabar y refrescarte –replicó entre jadeos–, deberás ser tú quien claudique y bajes la espada ante mí. A estas alturas, deberías saber que no me doy por vencido fácilmente...

Como respuesta, Javier recibió otro nuevo embate que supo desviar y rebatir con destreza. Si bien se sabía inferior en el arte de la esgrima, era capaz de defenderse y atacar con la suficiente pericia como para vencer a cualquier adversario.

Aquella situación duró varios minutos más. Los dos hombres ponían su mayor empeño en derrotar al otro, aunque ninguno con éxito. Tuvo que ser Manuel quien, deteniendo la última embestida que lo dejaba en ligera desventaja, se decidiera a levantar la mano para frenar a su contrincante.

–Este combate está de lo más interesante, pero, amigo mío, me temo que vamos a tener que dejarlo por hoy... Lo cual no significa que haya terminado contigo –remarcó alzando una ceja como advertencia.

–Claro, justo ahora que te tengo acorralado. Qué oportuno ¿verdad? –Lo pinchó con sus palabras cargadas de razón.

–Sabes que puedo darle la vuelta a la situación cuando quiera –aseguró Manuel prepotente mientras desechaba el argumento con un gesto de la mano–. Si detengo el encuentro es porque se nos está haciendo demasiado tarde para prepararnos e ir a ver a mi futura esposa. Así que mucho me temo que no nos queda más remedio que dejarlo y continuar en otro momento.

Javier se retiró unos pasos y asintió con una sonrisa. Levantó su espada frente a su rostro a modo de saludo, bajándola a continuación hacia el suelo.

–Que así sea entonces. Reconozco que estoy ansioso por conocer a la dama que va a conseguir que sientes la cabeza de una vez por todas. A quien, dicho sea de paso,

no debes olvidar agradecerle que hoy te haya salvado de haber caído derrotado ante mi espada.

–No te des tantas ínfulas que solo era un momento circunstancial. Debes ser tú quien reconozca que has estado contra las cuerdas en más de una ocasión.

–Cierto... de las cuales he conseguido salir airoosamente.

–Quizás porque yo lo haya permitido –replicó alzando una ceja con humor.

–¿Tú, permitirlo? Lo dudo mucho...

Ambos jóvenes rieron con franca camaradería.

–¿Estás conforme entonces en continuar mañana? –preguntó Manuel.

–Si mis tareas me lo permiten, puedes darlo por hecho –aseguró.

Ambos sabían por experiencia que estos *combates* podían durar varios días, ya que rara vez terminaban con un vencedor claro. Tampoco ayudaba el hecho de que en los últimos años los encuentros entre ambos eran escasos. Cuando no estaba uno de viaje, lo estaba el otro, así que en las ocasiones que coincidían, solían hacer borrón y cuenta nueva y volvían a empezar desde cero.

Dejaron las espadas y las protecciones en una mesa cercana donde un rato antes habían dejado sus amplias camisas de lino blanco. Recogieron sus respectivas prendas y entraron en la casa. Manuel pasó el brazo por los hombros de Javier con afecto. Los dos hombres se habían criado juntos desde la infancia y tenían un trato casi de hermanos.

–Ya verás cuando la conozcas... estoy seguro de que te gustará.

–¿Tu futura prometida? –Javier, sonriente, se encogió de hombros–. Mientras te guste a ti es suficiente.

–Será un matrimonio muy conveniente, estoy seguro –continuó explicando–. La mitad de las fábricas de cerámica de Triana son de su familia. Su padre está amasando

una fortuna considerable desde que exporta a Francia, Inglaterra y Flandes.

Javier levantó las cejas y lo miró con sorpresa.

–Pensé que querías casarte con la joven por sus cualidades, no por las de su familia.

–Ella es exquisita –unió los dedos de su mano izquierda y los acercó a la boca donde los besó simbólicamente –. Tiene el rostro más dulce que jamás haya visto. Y si ello lleva aparejado además una cuantiosa dote... sólo puedo decir que es la joven perfecta para mí.

–Tú no necesitas su dinero –afirmó Javier, frunciendo el ceño.

–No, pero a nadie le amarga un dulce, ¿no crees?

–Ya... sobre todo a ti, ¿verdad? –contestó propinándole un suave codazo en las costillas.

–¡Qué bien me conoces, compañero!

Javier volvió a sonreír a su amigo, sin evitar chasquear la lengua en señal de disconformidad.

Cuando llegó allá por el mes de marzo, aprovechó para hospedarse en casa de Manuel y así pasar, en principio, unos días con aquellos a quienes consideraba su familia. Don Felipe Espinosa, padre de éste y capitán ya retirado, estaba deseoso de conocer todos los detalles de aquel primer viaje del que todo el mundo hablaba. Habían encontrado lugares que ningún cristiano había pisado antes, de bellísimos paisajes y sencillos y hospitalarios habitantes que habían quedado impresionados con la llegada del ya almirante Cristóbal Colón, a quien incluso habían llegado a confundir con un Dios.

Las noticias del descubrimiento habían corrido como la pólvora por toda la península, siendo Sevilla, a través de sus autoridades y de sus habitantes, la primera ciudad que dispensara un clamoroso recibimiento a Colón y sus expedicionarios.

«Si hubiera sido más joven...», se había lamentado don Felipe en numerosas ocasiones desde que Javier regresa-

ra... «Gracias a Dios, te tengo a ti y a mi sobrino Fernando para que me contéis con todo lujo de detalles lo acontecido en vuestra aventura atlántica».

Javier estaba tremendamente agradecido a don Felipe y a Fernando: gracias a su amistad con los hermanos Pinzón, le habían permitido embarcarse en tamaña aventura. Sin embargo, Fernando no había regresado en este viaje. Tras la pérdida de la nao Santa María, un grupo de treinta y nueve hombres, entre los que se encontraba el sobrino de don Felipe, habían tenido que quedarse en el primer asentamiento cristiano de las Indias occidentales. Bautizado con el nombre de Fuerte de Navidad, por ser en ese día cuando se produjo el naufragio de la nave capitana, habían quedado bajo las órdenes de Diego de Arana a la espera de una nueva expedición que fuera en su auxilio, lo que ocurriría en breves fechas.

Desde mayo se estaba organizando la segunda partida hacia las Indias. Javier tenía de nuevo el privilegio de realizar el viaje, y esta vez, al mando de uno de los diecisiete barcos que tenían prevista su salida para finales de septiembre. Otra de las naves estaría capitaneada por Manuel, tentando como muchos otros, por el oro y las riquezas que aquellas tierras parecían prometer a los futuros colonos.

El afecto y el respeto que Javier sentía por don Felipe eran completamente recíprocos, al haberlo criado, junto a Manuel, como a un segundo hijo. El viejo capitán había sido quien, desde muy pequeños, les narrara historias de navíos, mares y conquistas por el Mediterráneo; a consecuencia de ello, ambos jóvenes habían crecido con la idea de ser, algún día, impetuosos aventureros.

Francisco, el padre de Javier, había sido un buen hombre, sin grandes recursos económicos, pero con una situación relativamente cómoda para mantener a su hijo sin problemas. Disponía de una finca no muy grande en El Puerto de Santa María que le pertenecía en propiedad por

haberla heredado de sus antepasados, dependiente de la jurisdicción de señorío de la Casa de Medinaceli. No era de familia rica, pero tampoco tenía pretensiones de serlo. Le bastaba con vivir bien y tener una vida tranquila y cómoda.

Don Felipe, que ostentaba el título de Señor, sí gozaba en cambio de una situación más privilegiada, lo que no significaba que mirase con altanería a aquellos que eran de condición más humilde. Aunque era un enamorado del mar y a él había consagrado su profesión y prácticamente su vida, poseía también tierras cercanas a las del padre de Javier, aunque de tamaño más considerable que las de éste. Ambos tenían hijos de la misma edad y, casualmente, habían perdido a sus respectivas esposas durante el parto de los niños. Por razones de cercanía, aquellos hombres unidos en sus desgracias familiares, habían conseguido fraguar una sincera amistad donde no prevalecía ninguna desigualdad ni privilegio, a pesar de que ambos pertenecían a estamentos sociales muy distintos.

Cuando Francisco cayó enfermo durante un invierno inusualmente frío para la zona en que vivía, y al darse cuenta de que sus encharcados pulmones no serían capaces de recuperar la salud, hizo prometer a Felipe que el día que faltase, se encargaría de cuidar de su hijo y de velar por sus tierras e intereses hasta que Javier llegara a ser un hombre hecho y derecho. No quería dejar desprotegido a su único descendiente, quien debía heredar la finca que con tanto trabajo, amor y orgullo había conseguido mantener y sacar adelante.

Javier acababa de cumplir los ocho años cuando su padre se fue. Don Felipe hizo honor a su palabra y acogió al muchacho en su hogar como a un miembro más de su familia. A los diez años, y ante la insistencia de aquel crío despierto y arrojado, empezó a acompañar de vez en cuando a don Felipe, como siempre lo llamaba, en sus viajes como paje. Estaba deseoso de embarcar y conocer

otros lugares, así tuviera que hacer lo que fuera preciso a bordo. No le temía al trabajo, acostumbrado como estaba desde muy niño a ayudar a su padre en las tareas de labranza. Y aunque una labor nada tenía nada que ver con la otra, era un chico que gozaba emprendiendo cosas nuevas. A cambio, Javier le prometió que aprendería a leer y escribir tan bien como lo hacía Manuel. Quería que don Felipe se sintiera orgulloso de él para recompensar de algún modo el trato afectuoso y sincero que aquel le dispensaba.

Los años pasaron. Aunque ambos jóvenes siguieron caminos muy parejos, el espíritu aventurero de Javier hizo que su curiosidad por conocer y aprender nuevas culturas fuera algo prioritario en su vida. Quería hacer del mar su profesión, tal y como lo había sido para don Felipe. Era consciente de que su situación económica, comparada con la de Manuel que algún día heredaría la posición de su padre, no tenían punto de comparación. Lo que para Manuel era un entretenimiento, para Javier suponía una forma de ganarse la vida con la que, además, disfrutaba muchísimo.

Llegado el momento de recibir las tierras que le había legado su padre, puso a alguien a cargo de las mismas y se despreocupó de su cuidado. No concebía su futuro y su vida, al menos a medio y corto plazo, lejos de un barco; mucho menos en tierra firme, a excepción de cortos períodos de tiempo en los que se tomaba un pequeño descanso.

Y así, con el dinero ganado durante aquellos años, y la no muy cuantiosa pero suficiente renta que le daba la propiedad, había podido permitirse contratar a alguien que administrara la finca, con la supervisión constante de don Felipe.

Cuando le ofrecieron la oportunidad de participar en aquella aventura consistente en descubrir una nueva ruta para llegar a las Indias, no se lo pensó ni un instante. En

verdad, la primera opción de Fernando Espinosa había sido su primo Manuel, pero a sus veintisiete años, se había cansado de navegar, por lo que prefirió quedarse en tierra disfrutando de otras diversiones mucho más mundanas; circunstancia que aprovechó Javier sin dudarle siquiera.

El viaje fue largo y tedioso, con amago de amotinamiento incluido. Sin embargo, a los dos meses y 9 días de salir desde el Puerto de Palos, encontraron al fin aquella maravillosa tierra que dejó impresionado a Javier. Su encuentro con los nativos le había resultado sumamente enriquecedor. Eran gente sencilla, amable y generosa, y aunque el problema del idioma dificultaba el entendimiento entre indios y españoles, Javier trató por todos los medios de entender y hacerse entender por los habitantes de aquel paraíso, empapándose de todo aquello que le resultaba tan nuevo.

Cuando llegó el momento de partir de nuevo a España, el joven se ofreció gustoso a quedarse con el resto de sus compañeros en el Fuerte de Navidad. Sin embargo, a petición del propio Almirante con quien había llegado a entablar una buena relación, terminó finalmente rumbo a Castilla.

Antes de partir, se prometió a sí mismo que volvería tan pronto como le fuera posible.

Nada ni nadie podría hacerle cambiar de opinión.

Capítulo 2

Una muchacha rara

El carruaje avanzaba solitario por las calles empedradas de Sevilla. A la una de la tarde, el calor se había vuelto insoportable, aunque aquellas temperaturas no dejaban de ser sino las habituales de cualquier mes de agosto en la ciudad. Las pocas personas que divisaban desde la ventanilla buscaban cualquier resquicio de sombra que hiciera más llevadera la pesadez del sol que brillaba implacable. Apenas corría una ligera brisa que se transformaba en frescor al cruzar el Guadalquivir, si bien esa leve humedad se volvía un espejismo a medida que se adentraban por las calles de Triana.

—Este coche es un infierno —se quejó don Felipe mientras secaba con un pañuelo el sudor de su rostro—. Deberíamos haber dejado la visita para más tarde, o mejor, para la noche. No sé por qué tuvimos que aceptar esta invitación a almorzar. El asunto que vamos a tratar ya está prácticamente acordado y estas formalidades podríamos haberlas dejado para una hora más adecuada.

Don Felipe Espinosa era un hombre alto, de más de uno ochenta, que en los últimos años había engordado considerablemente, más teniendo en cuenta que siempre había sido un hombre muy delgado. No obstante, y a pesar de su oronda figura, aún conservaba algo de aquel porte señorial de antaño. Había sido un hombre muy activo durante su juventud, pero desde que dejara su profe-

sión naval años atrás, se había acostumbrado a llevar una vida cada vez más sedentaria, causante de su aumento de peso. Sin embargo, podía afirmarse que se trataba de un hombre interesante a pesar de los cincuenta y tantos años que tenía a sus espaldas. El brillo y la inteligencia que mostraban sus ojos verdes, color que habían heredado los de su hijo Manuel, provocaba algún que otro suspiro entre las mujeres de mayor edad. A pesar de ello, desde que quedara viudo hacía tantísimos años, no había vuelto a pensar en la posibilidad de contraer matrimonio de nuevo. Dudaba mucho que alguna mujer pudiera llenar alguna vez el espacio que había dejado Catalina, su mujer, a quien había amado con locura y a la que aún mantenía demasiado presente en su recuerdo.

–No debería quejarse tanto, padre; sólo sigo sus consejos.

–Me ha repetido hasta la saciedad que debo sentar la cabeza y formar una familia; y ya sabe cuán interesado estoy en la hija de los Balboa. No podía dejar pasar por alto esta invitación de sus padres, entiéndalo.

Don Felipe se removió inquieto en su asiento.

–Ya está todo arreglado entre Ramón y yo, así que este encuentro tampoco era tan necesario.

–No del todo, padre, aunque espero y confío que esa cuestión quede solucionada hoy mismo sin más demora.

El hombre mayor hizo un gesto de disconformidad que no pasó por alto ninguno de los otros dos ocupantes del vehículo.

–No sé, hijo. Yo aún tengo mis dudas.

–No empecemos otra vez, padre... –Manuel elevó sus ojos al cielo unos segundos–. Ya hemos hablado de esto varias veces y creí que la discusión estaba zanjada. ¿O es que hay algo nuevo que desconozca?

–No, no, nada nuevo. Sabes que aprecio a Ramón, pero una cosa es que seamos más o menos amigos y otra muy distinta que terminemos emparentando. Me hubiera

gustado que escogieras a una mujer más distinguida, y no la hija de un comerciante.

Javier, que se había mantenido en un discreto segundo plano, no pudo morderse la lengua por más tiempo.

—¿Y desde cuándo tiene usted esos prejuicios por la cuna de la muchacha, señor? No es propio de usted tales palabras —intervino sonriente tras haber escuchado en silencio y con atención la conversación entre padre e hijo. Le resultaba divertido comprobar que Manuel se encontraba... ¿nervioso? Ante la cita con sus futuros suegros.

—No es eso lo que me molesta, Javier. Pero he de reconocer que, a raíz del interés de Manuel por la joven, he hecho algunas averiguaciones y he descubierto que hay cosas en ella que no terminan de agradarme.

—¿Así que ha estado haciendo de espía? —bufó Manuel como si no supiera ya cómo se las gastaba su padre—. Tenía entendido que conocía bien a los Balboa...

—Pero al padre, no a los hijos. Y ya que te has empeñado en casarte con Mariana, era mi deber recabar información sobre ella.

—¿No es suficiente con saber que es hija de don Ramón?

De nuevo, el mayor se removió en el asiento.

—Obviamente, ese es un punto a su favor, no lo voy a negar. Me consta que su padre es un hombre de bien, honrado y respetable, pero se cuenta por ahí que la muchacha es un poco... rara, además de algo insolente.

—¿A qué se refiere con *rara*, don Felipe? —quiso saber Javier, curioso.

Este se quedó pensativo unos instantes, antes de volver a hablar sobre los datos que había obtenido sobre la muchacha.

—Cuando conocí a Ramón, ya estaba casado y tenía dos hijos mellizos: Miguel y Mariana. Es un hombre tremendamente trabajador y por aquel entonces viajaba continuamente con la intención de extender su negocio por

medio continente. Como Ramón viajaba continuamente, fue su mujer, doña Ángela, una napolitana a la que había conocido en un viaje comercial, quien se encargó de la educación de los pequeños. Al ser de la misma edad, se les enseñó a ambos por igual, con los mismos maestros y todo. Y pasados unos años, cuando Ramón decidió ir introduciendo a Miguel en el negocio, se dice que en la familia hubo un gran enfrentamiento entre padre e hija, al dejar, lógicamente, a Mariana fuera de la empresa familiar para dar el lugar adecuado a su hijo varón –se detuvo unos segundos y tomó aire audiblemente–. ¿Te imaginas? ¿Qué educación debe haber tenido esa niña para tener la osadía de rebelarse a su padre? –protestó haciendo aspavientos con las manos–. ¿Dónde se habrá visto una mujer queriendo manejar un negocio como si se tratara de un hombre? Eso es... sencillamente intolerable. Y te digo más –se inclinó hacia delante y le señaló con el dedo–: en su día, se rumoreó que hubo mucho disgusto familiar porque Ramón reprochó a su mujer que su hija no supiera coser, ni bordar, ni nada del tipo de cosas que una mujer de buena familia debería saber, ya me entiendes. En cambio, sabía de números, de letras y era versada en idiomas, así como otras aptitudes poco apropiadas para una muchacha casadera.

–No son más que habladurías de viejas chismosas –bufó Manuel con aburrimiento.

–Bueno, ¿pero qué edad tienen los hermanos? –Javier parpadeó varias veces impresionado por el relato–. Oyéndole hablar, se diría que estamos hablando de gente ya con cierta edad. Tenía entendido que Mariana es una chica joven.

–Y así es. Ahora tienen diecisiete años –le aclaró don Felipe–, y esto que te cuento ocurrió hará un par de ellos. Por lo visto la pelea fue tan grande, que Ramón decidió, sin ni siquiera hablarlo con su esposa, mandar a su hija a un convento a Sanlúcar de Barrameda donde estuvo un